

España teme que Biden no varíe la nueva postura sobre el Sáhara

La ministra Laya asegura en el Congreso que trabajan para que haya un enviado de la ONU

MARISOL HERNÁNDEZ MADRID España comienza a asumir que el nuevo presidente de EEUU, Joe Biden, no corregirá el reconocimiento de Donald Trump a la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental, realizado al final de su mandato a cambio de que los marroquíes normalizaran sus relaciones diplomáticas con Israel. Ésta es la impresión que tiene el Gobierno, según confirman distintas fuentes consultadas, y que justifican en que la decisión americana, una vez adoptada, no es de Trump sino de EEUU y no ven a Biden echando por tierra un compromiso alcanzado por su país.

Justo ayer, un grupo de 27 senadores estadounidenses, 13 republicanos y 14 demócratas, pidieron por carta al nuevo presidente americano que revierta lo que consideran un error de Trump, según informa Efe. Pero el pesimismo español sobre un posible cambio permanece intacto y ayer la ministra de Exteriores, Arancha González Laya, aunque no se refirió de manera explícita a este asunto en su comparecencia en el Congreso, sí aseguró que las relaciones con Marruecos son «de muy buena vecindad, de socios y amigos», pero como sucede con el resto de países «no estamos en todo de acuerdo».

La cuestión del Sáhara fue una de las que ayer surgieron en la comisión de Exteriores, donde la ministra intervino para presentar la Estrategia de Acción Exterior. Pese al giro impuesto por Trump, González Laya reiteró que la postura española «no ha cambiado», basada en la «centralidad» de la ONU para arbitrar una salida «política», «duradera» y «mutuamente aceptable para las partes». La jefe de la

diplomacia española explicó que sus esfuerzos se centran ahora en que el secretario general de la ONU, António Guterres, nombre a su representante especial, que debe liderar la búsqueda de una solución, «a la mayor brevedad». «Hace 19 meses que este puesto está vacante y estamos centrados en que se logre un consenso sobre la figura del enviado especial de la ONU para el Sáhara Occidental».

Mientras esto se produce, en un momento en el que además arrecian las críticas del Frente Polisario por el abandono español, Laya destacó que se está apoyando a los saharahuis a través de la cooperación internacional. «Somos un país responsable que cumple con sus compromisos».

No obstante, el carácter general de la comparecencia y el hecho de que la ministra llevara meses sin

acudir generó un debate muy polidrico, en el que Podemos, pero sobre todo las fuerzas independentistas, le afearon que intente promocionar España como garante de los derechos humanos cuando «se encarcela a cantantes» o «se impide el referéndum en Cataluña». Y PP, Ciudadanos y Vox señalaron la dificultad de impulsar una política exterior cuando el propio vicepresidente segundo,

Pablo Iglesias, mantiene que España no es una democracia plena.

La portavoz de Exteriores del PP, Valentina Martínez, le recordó que tiene como socio a alguien que «cuestiona el orden constitucional e internacional» y la de Ciudadanos, Marta Martín, que es «muy difícil trabajar si parte del Gobierno se dedica a boicotearla». Laya no respondió a ninguna de todas estas consideraciones.

La discusión fue bronca en muchos momentos, pero sí podría existir una rendija de ventilación sobre política exterior en el polarizado clima español. Aunque la oposición reprochó a la ministra que sólo dispusieran de una semana para aportar propuestas al documento que marca la nueva estrategia internacional de España, la invitación a colaborar por parte de Laya se mantuvo.



DEFENSA NACIONAL. El Rey Felipe VI visitó ayer las instalaciones del Mando Conjunto del Ciberespacio en Pozuelo de Alarcón (Madrid) donde las Fuerzas Armadas realizan una vigilancia permanente ante

los posibles ataques de ciberseguridad y ciberespionaje contra sus redes de internet, acompañado del nuevo jefe del Estado Mayor de la Defensa (Jemad), almirante Teodoro López Calderón.

EFE



GATOPARDISMOS

JORGE DEL PALACIO

Mientras arde la calle

Mientras arde la calle los socialistas se echan las manos a la cabeza y sus socios de coalición se reparten los papeles para jalearse las protestas o mirar hacia otro lado. Vale la pena recordar que cuando PSOE y Podemos firmaron la *Coalicción progresista*, la factoría de Moncloa se puso a trabajar para desactivar cualquier crítica que incidiese en la incompatibilidad de ambos partidos. El primero, el hijo tardío de la tradición socialdemócrata europea. El segundo, una organización que renovaba el mensaje de 1917 para la izquierda del siglo XXI:

la socialdemocracia siempre os traicionará.

Mientras arde la calle vemos que estas diferencias no son invenciones. En el Congreso aún resuena el eco de las palabras de Iglesias contra Felipe González. Palabras que no eran fruto de un arrebato momentáneo, sino la expresión madura de una posición ideológicamente hostil. La ciencia política al servicio del gobierno, sin embargo, trabajó a fondo para esconder las diferencias. Forjó un marco interpretativo, completamente antihistórico, que resolvía las contradicciones de dos tradiciones políticas enfrentadas en un plan conjunto de políticas progresistas. ¿Las ideas? ¡Hechos positivos!

Mientras arde la calle podemos medir, en perspectiva, el delirio de la politología socialista. El contacto con el PSOE, nos decían, estaba obrando el milagro en Podemos. Iglesias ya no leía a Lenin sino a Bernstein. Errejón había metido las obras de Gramsci y Schmitt en un cajón con llave para transformarse en verde. Podemos orillaba a través de la praxis de gobierno, decía la vulgata, to-

do el radicalismo de juventud. Los principios de la democracia liberal y pluralista eran su nuevo horizonte vital. Los mismos que hasta ayer mismo criticaban como instrumentos que ahogaban la voz del pueblo.

Mientras arde la calle vemos, sin embargo, que la propaganda no cambia la realidad. Lo cierto es que incorporando a Podemos al Gobierno, el PSOE —además de incumplir la palabra dada a los españoles—, se aliaba con todos los impugnadores de la Constitución de 1978 presentes en el Parlamento. Al hacerlo, el PSOE elevó de manera irresponsable la competición política a un plano existencial, dando espacio al cuestionamiento de la legitimidad del sistema desde la misma sede del gobierno. Cierto, las cosas podrían sucederse de otro modo. Pero era una posibilidad muy real que Iglesias volviese por sus fueros antisistema en cuanto se viese maniatado, sin margen de maniobra o defraudado en sus expectativas. Iglesias no paga el precio de cabalgar contradicciones para fortalecer a Sánchez, sino al contrario. Y si no hay poder y moque-

ta, está la calle y «*sous le pavé, la plage!*».

Mientras arde la calle cabe preguntarse, o preguntar al PSOE, si para poner a Podemos ante el espejo de su radicalismo hacía falta este viaje hacia la degradación de la vida pública e institucional del país. Porque a Pablo Iglesias se le pueden reprochar muchas cosas, pero nunca de falta de coherencia. Su opinión sobre el sistema político español y la legitimidad que le merece —poca o ninguna— era conocida por todo aquel que la quería conocer.

Las ideas, mal que pese a la camarilla de Sánchez, son reales y producen comportamiento. No hay, ciertamente, una necesidad lógica que lleve de la fantasía de la lucha antifascista al contenedor quemado. Pero la distancia es muy corta. Por eso, como recordaba Isaiah Berlin, conviene cuidar las ideas y no despreciar su poder de destrucción. Las sociedades pueden arder por culpa de ideas que nacen en el sosiego del despacho de un profesor universitario. Sobre todo si son alentadas frívolamente por un partido del sistema. Y todo para ganar un puñado de votos.